

to. No es ménos milagrosa la rápida extension del islamismo; le bastó la vida de un hombre para invadir tres mundos. En vano han tratado de atenuar los enemigos del mahometismo aquel éxito prodigioso. Á darles crédito, nada era más fácil: los imperios atacados por los Árabes estaban en plena decadencia, se hubieran hundido por sí mismos; la conquista no fué más que una toma de posesion; los vencidos pertenecian al primer ocupante. Esto es quitar á la conquista árabe su verdadero carácter: la razon de la victoria no está en los vencidos, está en los vencedores.

Mahoma, al proclamar la guerra sagrada, hizo de la conquista una propaganda religiosa. Combatir á los infieles es combatir por la causa de Dios, extendiendo la fe que ha revelado á su profeta; la victoria es cierta, porque Dios está con los combatientes: «Si Dios viene en vuestro auxilio, ¿quién podrá venceros?» (1). La muerte en el campo de batalla es el martirio de los musulmanes: «La espada es la llave del cielo y del infierno. Una gota de sangre vertida en el campo de Dios, una noche pasada sobre las armas, serán más apreciadas que dos meses de ayuno ó de oracion. Aquel que perezca en una batalla obtendrá el perdon de sus pecados; en el último dia sus heridas serán brillantes como el vermellon, perfumadas como el amizcle, y las alas de los ángeles y de los querubines reemplazarán á los miembros que haya perdido. ¡Desdichado aquel que no marcha al combate! ¡Su paradero será el infierno!» (2).

El llamamiento al combate en los campos de Dios es coronado por el fatalismo de la muerte. El que perece combatiendo, hubiera muerto del mismo modo en su casa, pero al morir con las armas en la mano se hace mártir, al paso que permaneciendo en su casa es casi un apóstata. Esta creencia inspiró á los musulmanes un entusiasmo y una abnegacion admirables. *Khálid, la espada de Dios*, preguntó á un prisionero qué queria hacer con una bolsita que pendia de su cintura. «Es, respondió el cautivo, un veneno destinado á quitarme la vida, si eres intratable.» «El momento de la muerte, dijo Khálid, está fijado para cada cual; nadie puede ade-

(1) *Coran*, III, 154; VIII, 66.

(2) SALE, *Observaciones*, VI, p. 520.—*Coran*, III, 151, 162; VIII, 16; IX, 39.

lantarlo ni retrasarlo.» Dijo esto y tomó el veneno. El héroe experimentó un violento malestar, pero se repuso inmediatamente; enjugó el sudor que había cubierto su frente y reapareció brillante la salud en su rostro. «Si todos los musulmanes, dijo el cautivo, son hombres semejantes á ti, debeis conquistar el mundo» (1). La abnegacion de toda personalidad entre los Árabes es muchas veces espantosa, al ménos para nosotros, hombres del Occidente, que tan mal comprendemos la abnegacion. Quinientos Karmathas estaban frente á 30.000 soldados del Califa; se invita á Abu Taher, jefe de los insurrectos, á que se someta. «Vuestro señor, dice al mensajero el intrépido karmatha, tiene un ejército de 30.000 hombres, pero no cuenta con tres hombres como éstos.» Designando á tres de sus compañeros, manda al uno que se hunda un puñal en el pecho, al otro que se precipite en el Tigris, al tercero que se arroje por un precipicio: los tres obedecieron sin murmurar (2).

Admiramos en los mártires cristianos el ardor de la muerte; ¿porqué no admirar á los millares de árabes que corren á la muerte en nombre de Dios? La causa difiere, el heroismo es el mismo. Presenciamos la despedida que el jóven árabe dirige á su madre al partir para la guerra: «¡Oh madre! yo voy al combate santo; tal vez mi suerte sea la de mi padre y de mi abuelo, que cayeron á la vista de nuestro profeta bendito.» La madre responde: «Hijo mio, prepárate para la muerte con acciones que te hagan rico para el dia de la necesidad.» *Dschemil* se expone á los mayores peligros; sus compañeros quieren que se ponga al abrigo de los golpes del enemigo; pero una voz secreta le llama al martirio; él le responde: «Aquí estoy, yo acepto vuestra recompensa, yo exhalo mi alma.» La voz replica: «Nosotros la recibimos, regocíjate... No conteis entre los muertos á los que mueren en el campo de Dios; viven en el Señor.» *Dschemil*, alcanzado por una piedra, dice al morir á su amigo: «Raffa, encárgate de dar la nueva de que he cumplido mi destino. Y cuando veas á mi madre y á mis intrépidos compañeros, dales á todos la paz de mi parte. No tengo sentimiento alguno por haber caído, porque á causa de mi muerte espero

(1) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. III, p. 407.

(2) GIBBON, *Historia de la decadencia del Imperio*, c. 52.

que mi patria será el paraíso.» Cuando se anuncia su muerte á su madre: «¡Oh hijo mio, exclama, has vivido feliz, has muerto en el martirio, siguiendo el camino de tu padre; que Dios te tenga en su gracia, que te conduzca en tu peregrinacion; ojalá puedas servirme en el dia de la resurreccion!» (1).

Estas tradiciones son las leyendas del islamismo; lo mismo que las del cristianismo, tienen un fondo de verdad. No queremos idealizar á los mártires musulmanes, como se ha idealizado á los mártires cristianos: el botín, los placeres de este mundo, fueron seguramente un atractivo para más de un árabe del desierto. Pero el móvil dominante fué el entusiasmo religioso. *Khalid* envia á los Persas esta proclama: «¡Alabado sea Dios, que hace caer vuestro imperio en la disolucion, que rompe la espada de vuestro poder! Uníos á nosotros en la fe del islamismo, ó sed nuestros súbditos. Recibiréis nuestra ley de grado ó por fuerza; os será impuesta por hombres que aman la muerte, tanto como vosotros amais la vida» (2). Se ha dicho que los generales conducian á los Árabes al combate por el atractivo de los goces que les esperaban en el paraíso. He aquí una alocucion de un jefe á su ejército; dudamos que se encuentre en las guerras de los cristianos semejante orden del dia: «Temed á Dios; es el mayor mandamiento y el resumen de todo. Leed el Coran y alabad á Dios, porque él piensa por vosotros en el cielo y os ilumina en la tierra. Ayunad constantemente, porque los ayunos alejan al demonio y fortifican en la fe. Amad á los pobres. No riáis demasiado, porque la risa mata el corazon y destruye el agua del rostro..... El mejor temor de Dios es la continencia. Guardaos del vicio, porque es el resumen de los pecados, la cabeza del mal, la puerta de la desobediencia» (3).

¿Hay necesidad de añadir que este espíritu religioso, este desinterés, este entusiasmo es el que constituyó la fuerza de los Arabes? Durante las guerras de la revolucion se vió á un pueblo animado por la pasion de la libertad vencer á los ejércitos más fuertes y mejor disciplinados. Los Arabes no tenian consigo ni el núme-

(1) Fragmento de *El Wakedi*, traducido por NIEBUHR.

(2) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. III, p. 411.

(3) Fragmento de *El Wakedi*, traducido por NIEBUHR.

ro ni la ciencia; quien los hizo invencibles fué la fe (1). Conquistaron la Siria, la Palestina, la Persia; el Egipto, á paso de carga; un siglo despues de la huida de Mahoma á Medina, reinaban sus sucesores desde la frontera de la India hasta el Océano Atlántico. La decadencia de los imperios conquistados por los Arabes aceleró la victoria, pero no la explica. Se ha exagerado la debilidad de los Griegos y de los Persas, para debilitar el prestigio de las conquistas musulmanas. Los Griegos habian heredado la disciplina y la ciencia militar de Roma; sus recursos eran inmensos; á pesar de su decrepitud, el imperio bizantino resistió durante nueve siglos á los ataques de los musulmanes. Los Persas sucumbieron más pronto, pero despues de haber opuesto á los vencedores una tenaz resistencia. Los Indios mismos, á quienes se ha acusado de cobardía, disputaron su suelo palmo á palmo á los conquistadores. Habia decadencia, pero no era tanto en las fuerzas materiales como en el espíritu y en la civilizacion. La mision de los Griegos, de los Persas y de los Indios habia terminado; en este sentido es cierto que pertenecian al primer ocupante. Esta es la justificacion providencial de la conquista; no quita nada de su gloria á los conquistadores.

¿Qué hacía el emperador Heraclio mientras los Arabes se apoderaban de las provincias más bellas de su imperio? En lugar de defender el sepulcro de Cristo, disertaba acerca de la voluntad del Hombre-Dios. El espíritu sutil de los Griegos se complacia en las discusiones teológicas; una de las más abstrusas es la de la voluntad de Jesucristo; ¿tiene una, ó tiene dos? La iglesia ortodoxa sostiene que, teniendo dos naturalezas, tiene tambien dos voluntades; Heraclio se decidió por la opinion contraria; y quiso imponerla á todo el Imperio. ¡Hé aquí á lo que habia venido á parar el cristianismo en el siglo VII! La religion de los Griegos consistia en palabras y en disputas, pero habia perdido toda influencia sobre las conciencias; por mejor decir, envilecia á los hombres y los preparaba para la conquista extranjera. «Se vió, dice *Montesquieu*, á un general llorar la víspera de una batalla, considerando

(1) Así se expresa un gran historiador, J. MULLER, *Mohammeds Kriegskunst* (*Obras*, t. XXV, p. 310).

el gran número de guerreros que iban á morir. Eran bien distintas las lágrimas que los Arabes lloraron de pena porque su general habia celebrado una tregua que les impedia derramar la sangre de los cristianos. » ¿Debemos admirarnos de que 40.000 musulmanes deshiciesen un ejército de 240.000 Griegos? «No contéis los enemigos, dice *Khalid*; no es el número el que da la ventaja; es el auxilio de Dios» (1).

La victoria de los Arabes fué un beneficio para los vencidos. La opresion fiscal que habia arruinado las Galias y la España pesaba igualmente sobre las provincias del Oriente. « Los pueblos, en vez de estar sujetos á aquella serie continua de vejaciones que la avaricia sutil de los emperadores habia imaginado, se vieron sometidos á un tributo sencillo, pagado fácilmente y cobrado de la misma manera; más felices con obedecer á una nacion bárbara que á un gobierno corrompido, en el que sufrían todos los inconvenientes de una libertad que no tenían ya, con todos los horrores de una servidumbre presente» (2).

La Persia se habia debilitado en la sangrienta lucha que habia sostenido contra Heraclio; la ruina de las antiguas creencias era una causa todavía mayor de debilidad. No les quedaba á los grandes reyes más que el orgullo de sus antepasados. Se presentaron ante el último rey de los Persas comisionados árabes; aquella conferencia es un monumento notable del espíritu que animaba á los conquistadores: «¿Por qué, preguntó el rey á los Arabes, se ha armado contra nosotros vuestra nacion?— Dios nos ha mandado por boca de su profeta extender la dominacion del islamismo por todos los pueblos; nosotros obedecemos á esta orden, y os decimos: sed nuestros hermanos, adoptando nuestra fe, ó consentid en pagarnos un tributo si quereis evitar la guerra.— ¿Quiénes sois, replicó el rey, para atacar nuestro imperio? De todas las naciones sois la más pobre, la más desunida, la más ignorante, la más ajena á las artes, fuente de la fuerza y de la riqueza. Se ha apoderado de vosotros una loca presuncion; abrid los ojos y dejad de entregaros á engañosas ilusiones. Si la miseria os ha hecho salir de

(1) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. III, p. 446.
 (2) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XIII, 16.

vuestros desiertos, os daremos víveres y vestidos.» Un árabe le respondió con la libertad del beduino: «Cuanto has dicho de nuestra pobreza, de nuestras divisiones, de nuestra barbarie era verdad en otro tiempo. Si, éramos tan miserables que se veía entre nosotros á algunos individuos matar su hambre comiendo insectos y serpientes; algunos mataban sus hijas, para no compartir con ellas sus alimentos. Sumidos en las tinieblas de la supersticion y de la idolatría, sin ley y sin freno, enemigos siempre los unos de los otros, nos ocupábamos en saquearnos y destruirnos mutuamente. Hé aquí lo que éramos; hoy somos un pueblo nuevo. Dios ha suscitado entre nosotros un profeta; nos ha dicho por el órgano de su enviado: Yo soy el Dios único, eterno, creador del universo; mi bondad os envia un guía para dirigiros. Hemos creído en la mision de Mahoma..... Ha iluminado nuestros espíritus, ha borrado nuestros odios, nos ha reunido en una sociedad de hermanos. Despues nos ha dicho: Acabad mi obra, extended el islamismo por todas partes: la tierra pertenece á Dios, él os la da.... Ahora ya nos conoces; á tí te toca escoger: ó el islamismo, ó el tributo, ó la guerra á muerte» (1).

Una batalla de tres dias puso fin al imperio de los Persas. Nada prueba mejor la superioridad de los conquistadores árabes que la conversion de los adoradores del fuego. Los discípulos de los magos estaban comprendidos entre los pueblos de la Ley, á los cuales el vencedor les dejaba su religion mediante el pago de un tributo (2). No se ejerció presion alguna contra los magos: el culto antiguo de Zoroastro se arruinó por una desercion insensible, pero general. Los guebros, último resto del mazdeismo, no son, lo mismo que los judíos, más que una protesta contra la pretension del mahometismo y del cristianismo de absorber todas las religiones en una sola fe (3).

Dueños de la Persia, la ambicion de las conquistas y el espíritu de propaganda llevaron á los Arabes á los países regados por el Indo y el Ganges. Alejandro, obligado á detenerse en su mar-

(1) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. III, p. 474-479.
 (2) RELAND, *Disertac.*, t. III, p. 15.
 (3) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 102.

cha aventurera, no entró en la tierra sagrada de los brahmanes; las semillas de la cultura helénica que depositó en el lejano Oriente, dejaron intacto el edificio del brahmanismo. Los Arabes conquistaron poco á poco toda la India. Para los Indios el islamismo fué una verdadera revelación. La doctrina brahmánica se perdía en los sueños del panteísmo, mientras las masas se entregaban á un politeísmo monstruo. Fieles á su fe, los vencedores empezaron por hacer una guerra encarnizada á la idolatría india; Mahmud el gaznevida hizo arrasar centenares de templos y rompió millares de estatuas. La pagoda de Sunnat percibía el tributo de 2.000 pueblos y estaba servida por 2.000 brahmanes; el templo era una fortaleza, y se necesitó para tomarlo una lucha sangrienta. Mahmud rompió con su maza de hierro la cabeza del ídolo; cuéntase que los sacerdotes ofrecieron millones por rescatarle; los oficiales de Mahmud le instaban para que aceptase aquel rescate que podía servir para aliviar la muerte de los fieles: «Vuestras razones son especiosas, respondió el sultán, pero Mahmud no será nunca un comerciante de ídolos.» Un montón de perlas y de rubíes oculto en el vientre de la estatua explicó los generosos ofrecimientos de los brahmanes y recompensó la fe del vencedor (1). Sin embargo, los conquistadores se cansaron de aquella guerra contra la idolatría y acabaron por tratar á los Indios como habían tratado á los cristianos y á los Persas; un tributo permitió á los idólatras practicar libremente su culto.

La India fué el término de la conquista árabe en Asia. Dos continentes se presentaban aún ante su ardor de invasión. El Africa pertenecía á los emperadores griegos. Disensiones religiosas la agitaban profundamente en la época en que los Arabes salieron de sus desiertos. Los Egipcios habían abrazado la creencia de los monofisitas; su odio hacia los Griegos ortodoxos lo confirmó en su herejía; acogieron á los Arabes como á sus libertadores. Había en Memfis un gobernador que pertenecía á la secta de los Coptos; quiso más tratar con el lugarteniente de los califas que combatir por sostener el despotismo de Bizancio. Escuchemos la relación de los comisionados que envió á Amru: «Los musulmanes prefie-

(1) GIBBON, *Historia de la decadencia del Imperio romano*, c. 57.

ren la muerte á la vida; no se cuidan de la grandeza temporal ni de los goces de este mundo. Su jefe no se distingue en nada de sus compañeros; no se observa diferencia alguna entre los grandes y los pequeños, entre los señores y los esclavos. Cuando llega la hora de la oración nadie falta, y todos oran con la mayor devoción.» Unos vencedores tan religiosos, tan modestos, valían más que los orgullosos tiranos de Constantinopla. El lugarteniente de Omar pasó de Memfis á Alejandría como si fuese un país aliado, sin tomar precaución alguna relativa á su seguridad; cuando se aproximaba, los Egipcios componían los caminos y los puentes, le suministraban víveres, le enteraban de cuanto hacían los Griegos, únicos enemigos que tuvo que combatir. Sería en vano negarlo: la dominación de los Arabes fué más dulce, más benéfica, que la de los emperadores cristianos. ¿Se quiere una prueba? Cuando los Griegos trataron de reconquistar el Egipto, los Coptos abrazaron el partido de los Arabes contra sus antiguos señores (1).

El Africa cartaginesa, reconquistada de los Vándalos por Belisario, obedecía á los emperadores de Constantinopla. Allí, como en todas partes, la dominación griega era intolerante y opresiva. Los Africanos resistieron en un principio á los Arabes; para recompensarlos, la corte de Constantinopla impuso un nuevo tributo á una provincia que se hallaba agobiada y esquilada por amigos y enemigos. En su desesperación los Africanos, sin distinción de religión, ortodoxos y heréticos, llamaron á los Arabes; renunciaron á un mismo tiempo al culto y á la dominación de sus tiranos. Los Arabes fueron los primeros conquistadores del Africa que se fundieron con la población indígena; por su género de vida, los Moros se parecían á los Beduinos del desierto; adoptaron la lengua y la religión de los vencedores. Sin embargo, el Africa decayó bajo el régimen musulmán y fué el centro de los corsarios sarracenos y turcos; ¿debe atribuirse esta decadencia al islamismo? Podemos deplorar que las playas en que ha dominado Cartago, en que sufrió el martirio San Cipriano, en que ha meditado San Agustín, se hayan convertido en guaridas de piratas;

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. , p. 104, 105, 109.